EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL HIJO DE LA ALPUJARRA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

SURICALDAY

MADRID,
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1858.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V.deMartí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Ordaña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	CharlainyFernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavatte.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Móles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

EL HIJO DE LA ALPUJARRA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR

D. C. SURICALDAY Y D. C. FRONTAURA.

MADRID:

Imprenta de T. Fortanet, calle de la Libertad, núm. 29.
1858.

Nadie podrá, sin permiso del propietario, representar ni reimprimir esta comedia en España ni sus posesiones.

Los corresponsales de la Galería lírico-dramática El Teatro son los encargados esclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

717236

PERSONAJES.

ISABEL. . . . . .
PEDRO. . . . . .
ALFONSO. . . . . .
EL CONDE DE LARA.
EL REY. . . . . .
DON JUAN. . . . . .
DON MANUEL. . . . .
TORRELLAS. . . . . .
GIL. . . . . .
SANTIAGO. . . . . .
LEON. . . . . .
FERRANDO. . . . . .

La escena pasa en el castillo de Lara en el reinado de Felipe V.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un bosque: en el fondo un torrente, sobre el cual se levanta un puente practicable.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO.—GIL.—SANTIAGO.—GITANOS.—GITANAS.—*Al levantarse el telon aparecen unos tendillos á la sombra de los árboles ó entre las rocas; otros cantando, otros bailando, etc.*)

CANTAN.
Siempre de los gitanos
La vida fué hechicera;
Eterna primavera
Para nosotros hay.
Lo mismo en el invierno
Que entre estivos rigores,
Aromas de las flores
El céfiro nos trae.

GIL. Sabeis, padre, si estaremos aqui mucho tiempo?

ALF. Hemos tomado este camino para seguir al ejército: dentro de dos horas se pondrá en marcha, y entonces dejaremos nosotros tambien *El salto del toro.*

GIL. Lo siento: estamos tan perfectamente aquí!

ALF. Sí, pero es necesario pensar en tener recursos para el invierno: siguiendo á las tropas, recogiendo los animales que abandonan, curando los herido y diciendo la buena-ventura es como únicamente nos los podemos precurar.

GIL. Es verdad: en el mes de noviembre debemos estar ya recogidos en nuestras cavernas de las Alpujar-

ras, al abrigo de las nieves, de los lobos y de los alguaciles.

ALF. (*A todos.*) Ya lo habeis oido: esta tarde nos pondremos en camino.

SANT. Faltan tres de nuestros hermanos.

ALF. Cuáles?

SANT. Leon, Bernardo y Pedro.

ALF. En cuanto á Leon estoy tranquilo; ha ido á la Auriola á ver el ganado que es presa de la epidemia; pero Camarillas falta dos dias y...

GIL. Teneis temores? Nos esparciremos en su busca y...

ALF. No lo creo necesario todavía; por lo que respecta á Pedro tú sabrás...

GIL. Está en el castillo del Conde de Lara; sabeis que está curando á doña Isabel de la herida que hace un mes le causara una víbora.

ALF. Doña Isabel se halla buena tiempo há, y Pedro deberia estar aquí. (*Ap.*) Mi zozobra se aumenta de dia en dia.

GIL. Qué decís?

ALF. Nada. (*Ap.*) Ese empeño por aproximarse á las ciudades!... Yo haré que en adelante no abandone la tribu.

SANT. Uno de nuestros compañeros se acerca.

ALF. Pedro?

SANT. Leon. Qué agitado viene!

ESCENA II.

Los mismos.—LEON.

LEON. (*Con el puñal en la mano.*) Hermanos, levantaos, esgrimid los puñales y aprestémonos á la venganza. Venid y hallareis al borde del torrente el cadáver de Camarillas. (*Todos dan un grito de espanto.*)

ALF. Camarillas muerto!

LEON. Asesinado.

ALF. Por quién?

LEON. Por el conde de Lara. Volvia conmigo el infeliz

Camarillas cargado de provisiones, cuando para abreviar el camino le ocurrió atravesar el parque del palacio y sentarse á descansar. Hallándose en esta posicion, una bala le hirió traidoramente por la espalda y lo dejó muerto... El conde la disparó... porque al volver de la caza no le parecia decente entrar en su palacio sin matar algo... Si hubiese dado muerte á un perro de sus vecinos, el amo le castigaria haciéndole pagar una multa... pero un gitano!... su sangre no tiene ningun valor... un gitano no pertenece á nadie... Padre, venganza de la muerte de Camarillas nuestro hermano.

TODOS. Sí, venganza.

ALF. La tendreis, hijos mios, si no pronta, terrible y segura. El conde de Lara es hace quince años el perseguidor de nuestra tribu: juzguémosle, hagámosle ver que tenemos tambien leyes: nada importa que no comparezca delante de nosotros; aquel que designe la suerte se encargará de cumplir la sentencia.

TODOS. Sí, sí.

ALF. Ahora retirémonos á nuestros puestos.

ESCENA III.

Los mismos.—PEDRO.

PED. (*Ap.*) Mis hermanos aquí! Creí que habian marchado ya.

ALF. Pedro, de dónde vienes?

PED. Del palacio, padre.

ALF. Has estado dos dias lejos de nosotros.

PED. Mi presencia era necesaria á doña Isabel.

ALF. (*Con severidad.*) Doña Isabel está buena ya.

PED. Perdonadme...

ALF. Es decir que me engañabas?

PED. No; hoy es el primer dia que ha salido: apenas se encuentra restablecida; pero su tio se ha empeñado en que le espere aquí cuando vuelva de la cacería.

ALF. El conde de Lara?

PED. El conde de Lara.

ALF. (*A todos.*) Lo oís, hijos mios, va á venir aquí.

PED. (*Ap.*) Qué querrá decir?

ALF. Ocultémonos... Entre esos árboles ó en las cavidades de las rocas, esperaremos el momento favorable. El cielo nos le entrega. (*Se alejan en diferentes direcciones.*)

ESCENA IV.

PEDRO.

Por qué me dejan solo? Cuál será su proyecto? Qué me importa? De cualquier modo su ausencia me viene perfectamente... Veré á Isabel por la última vez, hablaré con ella sin que nadie me lo estorbe. Me ha parecido que al despedirnos fijó en mí una mirada de compasion... Insensato! En mí! En un jitano! Es imposible... Pero necesito verla, decirla lo que siento... Héla aquí.

ESCENA V.

PEDRO.—DOÑA ISABEL.—FERRANDO.

ISAB. (*A Ferrando.*) Es este el sitio donde debo esperar?

FERRAN. Si señora: ya hemos llegado al *Salto del toro.* Mirad el torrente cuyo ruido se escucha de noche desde el palacio.

ISAB. Es espantoso. Me hallo cansada del paseo... id á ver si viene mi tio... En tanto descansaré unos momentos...

ESCENA VI

DOÑA ISABEL.—PEDRO.

PED. (*Indicando un banco de césped.*) Estareis mejor aquí.

ISAB. Pedro!

PED. Os incomoda mi presencia?

ISAB. Me sorprende...

PED. He venido á reunirme con mis hermanos que me esperaban.

ISAB. En este paraje tan desierto, tan agreste...

PED. Tan salvaje... si señora. Esto nos gusta: hijos de los bosques y de las montañas, huimos de los hombres y de las ciudades para respirar un aire mas puro.

ISAB. Pasando una vida errante y peligrosa?

PED. Nos teneis lástima? Vuestra vista acostumbrada al lujo y á la ostentacion se asusta de esta existencia grosera que no comprende... No me interrumpais... Yo tambien diera todo lo que me resta de vida por pasar un año en vuestro mundo, doña Isabel.

ISAB. Qué decís?

PED. Y no penseis que sea porque aqui no pueda ser dichoso, porque falten virtudes entre nosotros; al contrario. Libres como las aves que cortan el viento el universo todo es nuestra patria, y reinamos en él sin que nadie nos subyugue, sin reconocer mas dueño que Dios. El que nos creé bárbaros se engaña; tenemos nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras ideas, fundadas en nuestra razon y santificadas por los siglos; en nuestras tribus hay veneracion para el padre, afecto á la familia, amor para nuestras mujeres... y no un amor como entre vosotros se siente, sino un amor apasionado, delirante, que ocupa toda nuestra vida para embellecerla y abrasarla...

ISAB. (*Ap.*) Siempre el mismo lenguaje.

PED. En las ciudades se ama para engañar; nosotros por amar... en nuestro amor hay fuerza y debilidad, suplicio y ventura, grandeza y valor... La sonrisa de una mujer nos inspira, su deseo nos manda, y al impulso de su acento arrostramos la muerte y cometeríamos los crímenes mas espantosos...

ISAB. Conocereis nuestra vida cuando la comparais con la vuestra?

PED. Nuestras leyes mandan que un hombre por tribu sepa leer en vuestros libros y escribir en vuestro

idioma... yo fuí cuando niño destinado por la suerte para este objeto.

ISAB. Pues nos juzgais con injusticia... tambien entre nosotros existen lealtad y cariño.

PED. No lo dudo, pero... ni vos misma sois capaz de comprender toda la grandeza, toda la pasion que se encierran en el alma de un jitano.

ISAB. Pedro!

PED. Qué diriais si yo, yo á quien todo el mundo desprecia, os amase?

ISAB. Olvidais?...

PED. No me es dado callar por mas tiempo este secreto que me ahoga... Si señora, os amo... ya lo sabeis... nada me importa vuestro desprecio... él me dará lo que necesito... valór para clavarme un puñal en el corazon.

ISAB. Callad.

PED. No trato de comprometeros... podeis llamar á vuestros criados para que castiguen mi temeridad.

ISAB. Os compadezco: sois superior á los hombres entre quienes habeis nacido... en el mes que hace que os conozco he comprendido que teneis cualidades que quisiera hallar en uno de mi clase; pero creedme, hay deberes que cumplir... el vano afecto con que me es dado pagaros no haria mas que acrecentar vuestros tormentos.

PED. Pero si pudiese un dia á fuerza de perseverancia colocarme entre esos hombres á quienes tengo envidia porque son nuestros iguales...

ISAB. Imposible... desgraciadamente es imposible!

PED. (*Ap.*) Desgraciadamente... entonces es posible, y será... (*Se oye ruido de instrumentos de caza.*)

ISAB. Se acercan mis criados... vienen precediendo á mi tio... marchaos, Pedro, marchaos.

PED. Adios, señora; pensad alguna vez en Pedro, que pensará en vos toda su vida.

ESCENA VII.

ISABEL.—EL CONDE.—FERNANDO.—*Criados.*

ISAB. (*Ap.*) Por qué ha nacido tan distante de mí!

CONDE. (*A los criados que le rodean.*) Ya os lo he dicho; el cadáver de ese jitano no puede ser enterrado en tierra sagrada... (*Reparando en Isabel.*) Tú aquí, Isabel?

ISAB. Hablabais del infeliz á quien habeis dado muerte tan desapiadadamente?

CONDE. No le compadezcas, un jitano no es un hombre; si conocieses bien esa casta de séres odiosos que infestan nuestros campos, los despreciariais... Y yo tengo un doble motivo para aborrecerlos... Mi padre fué cobardemente asesinado por ellos hace quince años... Desde entonces les he declarado una guerra sin tregua... Pero dejemos esto: conozco que no te debe ser agradable verme hablar de este modo, siendo asi que á un jitano es á quien debes la vida.

ISAB. Es verdad; sin la ciencia de Pedro no existiria hace tiempo.

CONDE. Veo que te ha sentado perfectamente el paseo: me han dicho que durante mi ausencia no ha llegado la contestacion que espero del rey. Con grande impaciencia anhelo saber si consiente en mi vuelta á la córte... que consentirá, estoy seguro, gracias al delicado empeño conque le obligaste á detenerse ayer en nuestro palacio...

ISAB. Obedeciendo vuestras órdenes: pero yo en vuestro lugar hubiera preferido la nobleza del destierro, á un poder arrancado por la casualidad y el agradecimiento.

CONDE. Tú no comprendes el orgullo, el afan de poder que se encierra en el alma de quien, como yo, ha sido casi dueño de una nacion grande y poderosa, y se vé durante tres años perseguido por los mismos á quienes antes dominaba. Felizmente pude entre-

garle la memoria donde consigno mis ideas sobre la situacion actual...

ISAB. Que probablemente tendrá la misma suerte que las demas que le habeis presentado.

CONDE. No, porque esta vez me dijo S. M. al despedirse, que recibiria pronto un mensage de su parte... Es palabra real... y tengo motivos para creer que se elevará en esta ocasion á mi favor la voz de uno de sus favoritos, don Juan de Mendoza, vuestro primo.

ISAB. Mendoza!

COND. Á quien tengo prometida vuestra mano. Es natural desee tener un tio ministro; además te ama y comprenderá que te agrada, haciéndome recobrar el perdido favor; tu debes emplear para esto toda tu influencia.

ESCENA VIII.

Los mismos.—FERRANDO.

FERRAN. Señor Conde, don Juan de Mendoza, ha llegado en este momento, portador de una órden del Rey y desea hablaros.

COND. Mendoza.....! Una órden del Rey... Estará en el palacio sin duda..... Corramos.

FERRAN. Es inútil, señor Conde; preguntó donde os hallabais, y se dirije á este sitio. (*Vase*).

ISAB. Permitid que me retire... Si don Juan de Mendoza, quiere verme, me encontrará en el palacio. (*Ap.*) Necesitaba estar sola.

ESCENA IX.

CONDE.—*Despues* MENDOZA.

COND. (*A Doña Isabel.*) Como gusteis: no tardaremos en seguirte. (*Solo.*) Una carta del Rey! No me atrevo á conjeturar su contenido... Tengo tantos enemigos... pero aquí está... Mendoza!

MEND. (*Abrazándole.*) Conde!

COND. Traeis una carta del Rey, no es verdad?

MEND. Sí, esta, debe contener una buena noticia cuando me ha escogido para traerla.

COND. Leamos (*Leyendo*). «Despues de daros gracias por la »digna hospitalidad que he recibido en el palacio »de Lara, os prevengo que desde este dia pongo »término á vuestro destierro, y que á mi vuelta á »la córte, á la conclusion de la guerra, os presen- »teis en palacio con vuestra sobrina. (*Representan- do.*) Al fin me han hecho justicia....! Respondedme, qué ha dicho el Rey de la memoria....?

MEND. No la ha leido todavia... dispensadme si os pre- gunto por Doña Isabel, mi hermosa prometida... pensaba encontrarla aquí..... y en víspera de una batalla es tan corto el tiempo de que puedo dispo- ner, que si me dieseis vuestra licencia...

COND. Sí, don Juan, en el palacio os espera.

ESCENA X.

CONDE.

Al fin han terminado mis padecimientos; una vez al lado del monarca volveré á ser lo que fuí, le fas- cinaré con mi elocuencia y volveré á mandar. Cuando llegue este caso sabré asegurarme para no perder de nuevo su favor... Le rodearé de queri- das... haré deslizársele el tiempo en una contínua fiesta y satisfaré mi ambicion... Me esperan, no hay que dudarlo, la gloria la dominacion del mundo.. (*Aparecen los gitanos.*)

ESCENA XI.

CONDE.—ALFONSO.—SANTIAGO.—LEON.—GIL.—GITANOS.

ALF. La muerte, Conde de Lara.

COND. (*Resistiéndose.*) Miserables! Qué significa.....? Quién sois.?

ALF. Gitanos, conde, gitanos que llevan luto por su hermano Camarillas á quien habeis asesinado.

COND. Y venís á vengaros?

ALF. Venimos á juzgarte: prepárate á comparecer ante tus jueces.

COND. Mis jueces!

ALF. Sí, míralos: estos seres salvajes á quienes desprecias, no sacan nunca el puñal sino con justicia. Ellos van á condenarte ó absolverte.

COND. Dejarme juzgar por vosotros!

ALF. No merecias tanto: tu no te tomaste la molestia de juzgar á Camarillas.

COND. Estoy en vuestro poder: poned precio á mi cabeza y la pagaré.

ALF. La sangre se paga con sangre y no con oro: sé muy bien que en las ciudades el oro compra la iniquidad; pero estamos en medio de los bosques, nada hay entre nosotros y Dios: él tendrá piedad de tí.

COND. No consentiré...

ALF. Toda resistencia es inútil: tus criados están lejos y no llegarán hasta aquí. Responde á las preguntas que te vamos á hacer.

COND. Eso es horrible! y estoy solo, solo! sin esperanza de socorro...

ALF. Estas pronto?

COND. Sí: á la fuerza me someto: pero no os reconozco, sino por asesinos! Podeis matarme: no responderé una palabra.

ALF. Hermanos, de rodillas. (*Todos los gitanos se arrodillan.*) Señor, tu que lees en nuestros corazones separa de nosotros todo sentimiento de odio ó de piedad. El que no sienta tranquila su conciencia que se retire. (*Se levantan.*) Conde de Lara, compareces ante el tribunal de los gitanos, acusado de haber muerto á Camarillas, nuestro hermano. Qué dices para defenderte? (*El Conde guarda silencio*). Conde qué dices para defenderte? No quieres responder? Te sentenciaremos á pesar de tu silencio. Por última vez defiéndete. Hermanos juzguemos á este hombre.

LEON. Pido que el Conde sea precipitado en *el golfo del toro.*

ALF. Ya sabeis la rigidez de nuestras leyes: es necesario que la pena de muerte sea pronunciada por unanimidad de votos. Si una sola voz se eleva á favor del acusado, está libre. Se ha pedido la muerte para el Conde de Lara. Quereis su muerte?

TODOS. Sí.

ALF. La pedís todos?

TODOS. Si.

ESCENA XII.

Los mismos.—PEDRO.

PED. (*Desde el puente.*) Deteneos.

TODOS. Pedro!

PED. (*Bajando á la escena.*) Yo no he votado aun.

ALF. Habla.

PED. Pido un dia para decidir de la vida de este hombre.

ALF. Es imposible.

PED. Pues bien, sea un momento: necesito hablarle á solas.

ALF. Enhorabuena: pero no olvides que hemos jurado pronunciar la sentencia sin odio y sin piedad. El que no lo haga así sera maldito.

ESCENA XIII.

EL CONDE.—PEDRO.

PED. Lo habeis oido? seré maldito... Yo seré maldito porque quiero salvaros.

COND. Salvarme! Oh! te lo recompensaré... Mi fortuna entera...

PED. Juzgais que por todas las riquezas del mundo, cometiera yo un crimen?

COND. Un crimen!

PED. Sí, es un crimen absolveros á vos, el matador de Camarillas, á vos vuestro enemigo, y sin embar-

go, á pesar de mis remordimientos, voy á cometerlo... no me conoceis; si me conocierais comprenderiais que era necesario para determinarme á obrar contra mis hermanos, que existiese en mi corazon una de esas pasiones terribles que ahogan la voz del honor, que subyugan la razon.

COND. Esplicate.

PED. Amo á Doña Isabel.

COND. Tu!

PED. Yo, el gitano, el salvaje, el bandido... yo que puedo ahora disponer de vuestra existencia y que os la dejo si me ofreceis su mano.

COND. Isabel tu esposa!

PED. Si, si quereis vivir... y estais lleno de miedo Conde de Lara... porque sois cobarde... El hombre que asesina ha sido siempre un cobarde.

COND. Llama á tus compañeros.

PED. Creo que se acercan... Dentro de un momento estareis perdido... Me concedeis la mano de vuestra sobrina?

COND. Cuando tengas un titulo como el mio, una fortuna como la suya.

PED. Bien: dadme un plazo... un año, para conseguir todo eso.

COND. Deliras....?

PED. Que vuelven, Conde, respondedme.

CONDE. Si dentro de un año obtienes un título y un grado, si eres su igual, te concedo la mano de mi Isabel.

PED. Lo jurais?

CONDE. (*Ap.*) Nada tengo que temer. (*Alto.*) Lo juro.

ESCENA XIV.

Los mismos.—ALFONSO.—SANTIAGO.—LEON.—*Gitanos.*

ALF. Cuál es tu opinion?

PED. El Conde de Lara no debe morir. (*Murmullo entre los gitanos.*)

LEON. Faltas á tu deber.

TODOS. Que muera! que muera!

PED. Yo le defiendo.

ALF. (*A los gitanos.*) Deteneos. Si una sola voz se levanta á favor del acusado, nuestras leyes le dejan libre: separémonos ante el conde de Lara... Abridle paso... Respetad su persona... (*Al conde.*) Podeis partir.

PED. (*Aparte al conde.*) Dentro de un año.

COND. Dentro de un año. (*Ap.*) Miserable!

ESCENA XV.

Los mismos, menos EL CONDE.

PED. Y ahora, hermanos, me ofrezco á mi vez á vuestra justicia... He cometido un delito... Aqui me teneis... Heridme.

ALF. Nadie tiene derecho de pedirte cuentas..... Tu conciencia es un secreto entre Dios y tú, que ningun hombre puede sondear.

PED. Gracias, padre, gracias... Pero antes de que nuestra tribu se ponga en marcha, tengo una resolucion que revelaros. . Desde este instante me separo de vosotros. (*Murmullos entre los gitanos.*)

ALF. Qué dices!

PED. Es irrevocable. Toda mi vida me acordaré de vos, padre mio... y de mis hermanos... pero soy muy desgraciado... Esta existencia no me basta; necesito peligros, riquezas, un nombre, honores.

ALF. Honores!

PED. Para ofrecerlos á una mujer que adoro.

ALF. Renuncias á los proyectos que habias formado?

PED. Ninguno de ellos me llevaria hasta la muger que amo.

ALF. Y por qué camino piensas llegar hasta ella?

PED. Por qué camino?. . Por el de la desesperacion, por el de los campos de batalla...

ALF. Sabes el porvenir que te espera en las ciudades? La burla, el desprecio... Nunca un gitano hallará franca y leal hospitalidad entre los hombres..... A mi lado te esperan la felicidad, el poder, el primer puesto.....

y en el mundo á donde corres, el último... Acaso llegará un dia en que desengañado busques mi pecho para llorar, los brazos de tus hermanos para vengarte... que quieras volver entre nosotros y sea tarde.

PED. Padre, los instantes son preciosos: el tiempo vuela, quiero partir; devolvedme mis juramentos y mi libertad.

ALF. Basta. (*Ap.*) El mundo me arrebata el hijo mas querido; yo se lo disputaré y trataré de arrancárselo. (*Alto.*) Hermanos, sabeis nuestros usos; despojad á Pedro de todas las insignias de gitano... Quitadle ese cinturon, emblema de los vínculos que unen la tribu, ese puñal que no es digno de llevar. (*Dos gitanos ejecutan, conforme las dicta, las órdenes de Alfonso.*) Pedro, te devuelvo tus juramentos, y te libro de la obligacion de obedecer nuestras leyes. Desde este momento dejas de ser gitano; mas antes de partir, acuérdate que tus insignias serán conservadas un año. (*Se oye tocar la oracion.*) Hasta esta hora al toque de oracion del dia en que cumpla, podrás venir á recogerlas; mas tarde no será tiempo... Adios, Pedro.

PED. Padre mio, hermanos, no volvais la cabeza... no me maldigais... calmad ese dolor que me mata... ocultadme vuestras lágrimas ó no me marcho, y á pesar mio me quedo entre vosotros... Oh! no, no... Ella me espera quizá, me llama. Isabel tú vences! Adios, hermanos, adios para siempre!

TODOS. Adios! adios.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de baile en el palacio del conde de Lara; en el fondo una escalinata, sobre la cual habrá tres grandes puertas.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL DE SILVA.—TORRELLAS.—*Varios grupos de cortesanos.*

D. MAN. Conque, vamos, ¿qué pensais de este sarao, señor conde?

TOR. Que es de muy buen gusto.

D. MAN. Soy de vuestro parecer... y aunque no lo fuera, aqui lo diria asi... pero no os preguntaba eso... mi intencion era saber si habiais comprendido el pensamiento del rey al asistir á un baile en el palacio del conde.

TOR. Su pensamiento?... bailar.

D. MAN. Creo que no.

TOR. Ola... y cuál creeis que sea, jóven y profundo político?

D. MAN. No os burleis... Lo descubriré... á pesar de que es bastante dificil.

TOR. En efecto, sabe ocultar S. M. tan perfectamente lo que no le conviene que se sepa...

D. MAN. Que ya no se fia nadie en sus acciones.

TOR. Y á nosotros que nos importa, cuando conocemos suficientemente su carácter para adivinar el móvil que las produce siempre?.. Jóven y valiente, ¿en qué ha de ocuparse sino en el amor y en la guerra? Y

hace bien, voto á brios, nada hace latir un corazon generoso como el ruido del acero, como el acento de una hermosa.

D. MAN. Fues en honor de alguna hermosa sospechaba yo que se daba esta fiesta.

TOR. Alguna antigua favorita.

D. MAN. Eso es cabalmente lo que ignoro.

TOR. Y ¿cuándo lo sabremos, si es que debemos saberlo?

D. MAN. Mañana lo mas tarde.

TOR. Corriente, os cojo la palabra.

ESCENA II.

ISABEL.—DON JUAN.

ISAB. Dejadme ahora; tiempo tenemos para hablar de vuestros amores.

D. JUAN. Es decir que rehusais escucharme.

ISAB. No; estoy admirando esos tocados magníficos, esos millares de luces que se reflejan en los espejos y que parecen encerrarnos en una atmósfera inflamada; todo me admira, me turba y me inspira á la vez temor y felicidad.

D. JUAN. Es cierto, fascina... pero qué me importa? Permitid que os pregunte.... No voy á deciros mas que una palabra, una nada mas: ¿recordais que fuimos destinados el uno para el otro antes de empezar la guerra?... que aunque no quisisteis aceptar entonces esta union, parecisteis no rehusarla?.. Ahora que he vuelto, decidme, qué debo esperar del frio recibimiento que os he merecido?

ISAB. No es esta la hora, ni el sitio en que debo contestaros.

D. JUAN. Isabel, soy para vos un importuno á quien se ha olvidado, no un amigo que se espera... Mientras que yo de dia, de noche, en medio de los riesgos y de las fatigas que me cercaban vivia con mi amor sin poder borrar mis recuerdos.

ISAB. Don Juan, há mucho tiempo que me separé de mi

tio; esta ausencia podria ser notada; dejadme volver á su lado.

D. JUAN. Cuán despiadada sois! Ojalá sepais un dia los tormentos que hace sufrir una pasion sin esperanza!

ISAB. Qué decís? (*Ap.*) Mucho temo que se haya cumplido su deseo. (*Alto.*) Don Juan, no os enojeis, pensad que esta entrevista con vos puede comprometerme: si persistis en que me quede, dudaré de vuestra amistad. Ya lo veis, alguien viene.

D. JUAN. No temais nada.

ESCENA III.

TORRELLAS.—DON MANUEL.—*Otros caballeros en el fondo.*

D. MAN. Qué singular aventura!... Sois vos don Juan?

D. JUAN. De qué os reis.

D. MAN. Contaba á estos señores una historia chistosísima... Decia que entre la gente perdida que se enganchó voluntariamente al empezar la última campaña, lo hizo el recluta mas estraño que podeis imaginaros: un jitano...

ISAB. (Qué dice!)

D. MAN. Y no es eso todo, sino que despues de no se qué acto de valor en que fué herido, le nombraron oficial... El rey no supo lo que se hacia al colocar al pobre diablo en una posicion que no podrá sostener.. Mientras estuvo oscurecido entre los soldados se le podia perdonar; pero honrar á tan raro personaje con el uniforme de oficial..... si estuviéramos en Carnaval, pase; pero voy á contaros lo mas particular.

D. JUAN. Qué?

D. MAN. Que el amor domesticó á esa fiera y la estrella que nuestro gitano sigue, son los ojos de una de nuestras principales señoras: por entrar en la sociedad que le proscribe, y para aproximarse á su ídolo es por lo que se alistó en nuestras tropas.

ISAB. (*Ap.*) Cuánto sufro!

D. JUAN. Es una historia interesante.

TOR. Y lo mas gracioso es que ese singular personaje se divierte en este baile como el mas apuesto doncel.

D. JUAN. Un jitano entre nosotros!... consentir entre nosotros un desertor de una tropa de foragidos y asesinos... Su presencia aquí donde se reune lo mejor de la nobleza castellana, no puede ser mas que el resultado de un error, y el rey nos agradecerá que evitemos este escándalo, que sin duda ignora; es preciso buscar á ese hombre y echarle. Isabel, hasta la vista. Venid, señores, venid conmigo. (*Se van por el fondo.*)

ESCENA IV.

TORRELLAS.—ISABEL.

ISAB. Dios mio! Le amenazan!

TOR. Que vayan á disputar con ese advenedizo; yo prefiero permanecer á vuestro lado. Aseguran que el rey quiere que le sigais á Madrid con vuestro tio.

ISAB. El rey!

TOR. Me acaban de decir tambien que habeis tenido el honor de figurar en el último baile al lado de S. M., lo que anuncia proyectos....

ISAB. Proyectos?

TOR. De casaros. (*Con ironia.*)

ISAB. Casarme! Lo creeis asi. (*Ap.*) Solo me faltaba esta última desgracia.

TOR. De qué proviene el espanto que se pinta en vuestro rostro?... Ah! ya recuerdo... Quizá tengan relacion esos proyectos de alianza con la ya convenida por vuestra familia con don Juan de Mendoza... pero qué tumulto es ese? Vienen por aquí... Qué es lo que veo? Don Manuel y don Juan buscan al famoso gitano por un lado, y él se acerca por otro.

ISAB. Qué decís? (*Ap.*) Dios mio! es él!

TOR. Mirad, huyen ante su presencia con horror, se encuentra aislado en medio de los grupos que le ro-

dean... Voy á prevenir á nuestros amigos que recorren inútilmente los salones. (*Vase.*)

(*En el fondo, algunos grupos atraviesan lentamente la escena. Pedro los sigue con la vista, y luego se adelanta sin ver á Isabel.*)

ESCENA V.

ISABEL.—PEDRO, *con el uniforme de oficial y con la espada en la mano.*

PED. Y ahora sirva quien quiera al rey de España, puesto que no hace respetar los grados que dá y el mérito que recompensa. Sí, voy á romper esta espada contra la pared, ya que no puedo hacerlo en el rostro de esos nobles insolenles, que huyen ante mí.... No hay nadie que no se ruborice de permanecer un instante junto al gitano.

ISAB. Escepto yo.

PED. Isabel! Isabel! Es posible?

ISAB. Sí, yo soy... que adivino por quién habeis hecho tantos prodigios... y que quiero impediros rompais esa espada que os acerca á mí.

PED. Con que me esperabais?.... Haciais bien, porque nada es imposible para el amor de un gitano... Recordad cuando os prometí no volver á presentarme á vos sin ser capitan y sin ser superior á los demás. El gitano, el miserable gitano, llegará á ser vuestro igual.

ISAB. Qué le diré?... (*Ap.*) Temo que me vean con él, y sin embargo soy feliz escuchándole. (*Alto.*) No olvidaré jamás que me salvásteis la vida, y que habeis adquirido el derecho de verme en la sociedad al través de mil peligros, y despues de haber derramado vuestra sangre. He nacido noble, pero hay en mi corazon justicia y agradecimiento..... Comprendo vuestro afecto y os lo devuelvo.

PED. Sois vos la que hablais asi? Qué me importan ahora los demás, sus desdenes, sus ultrages! Los desprecio, los olvido, ó mas bien les doy gracias porque á ellos debo vuestra compasion.

ISAB. Si alguien oyese... No podeis permanecer aquí por mas tiempo.

PED. Dejadme aun, Isabel, dejadme contemplaros. ¿No es verdad que estais orgullosa de verme inspirado de amor bastante, para que desde el fondo del desierto me eleve al palacio del rey, para trocar la existencia grosera y salvage que arrastraba, por otra nueva, aunque llena de peligros y de desgracias, cifrada en vuestro cariño?

ISAB. Pedro, prolongar esta conversacion es hacerme morir. De un momento á otro pueden venir á insultaros.

PED. Insultarme!

ISAB. Calmaos... no os irriteis; dejad al tiempo que legitime vuestros servicios y haga respetar vuestra elevacion; pero antes, huid de este palacio.

PED. Pero al menos...

ISAB. Marchad al instante, Pedro, marchad. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA VI.

PEDRO.—DON JUAN.—DON MANUEL.—TORRELLAS.—*Vários caballeros.*

TOR. Ahí le teneis.

TODOS. El gitano!

PED. Ola! ya no me huis?

D. JUAN. Con qué derecho?...

PED. Permanezco aqui? Por órden de un caballero mas noble que todos vosotros: el rey; por una voluntad mas fuerte que todas las vuestras, la mia.

D. JUAN. Lo veremos. Te se ha podido tolerar entre los soldados; pero entre los nobles seria una vergüenza.

PED. Gracias, caballero; me negais una parte de victoria y de fiesta... Es necesario ser justo; confieso que ante el enemigo me abandonásteis todos los peligros.

D. MAN. (*A don Juan que hace un movimiento para lanzarse sobre Pedro.*) Don Juan, no os incomodeis; esto es mas digno de curiosidad que de cólera. Siempre hu-

bo en los palacios un encargado de hacer reir á los demás. Quién sabe si el rey le ha hecho venir con ese objeto?... Ea, dinos la buena ventura. Sepamos cuáles son tus habilidades.

PED. Arrancar la lengua á los insolentes como vos.

D. MAN. Insensato!...

TOR. Calma... Como decias muy bien, la cosa no merece la pena; has hecho mal en ofenderte. Todos los de tu raza, cuando menos saben decir la buena ventura.

PED. Y yo tambien voy á decírosla á todos. Vuestra mano, vuestra mano. Retrocedeis?... Serenaos! no quiero estrecharla en la mia. Cuando presidís la Audiencia, señor conde de Torrellas, qué veis delante de vos...

TOR. Insolente!...

PED. Y vos, don Manuel, quereis elevaros: para conseguirlo, habeis tomado el camino de la infamia. Solo tengo que deciros cosas buenas. Subireis muy alto.

D. MAN. Miserable!...

PED. Silencio... un momento. Aun hay uno entre vosotros con quien tengo que ajustar unas cuentas. (*Acercándose á don Juan.*) Tú eres el mas insolente, pero con quien puedo entenderme, porque como yo eres soldado. Te anuncio una cosa: morirás muy pronto.

D. JUAN. Y cómo?

PED. En desafio.

D. JUAN. Quién me matará?

PED. Yo.

D. JUAN. Tú? Para eso es necesario que yo consienta en batirme contigo.

PED. Llevo espada de capitan.

D. JUAN. Debe estorvarte. Para una mano acostumbrada á manejar el puñal, la espada debe ser cuando menos larga.

PED. Hay un medio de acortarla; metiendo la mitad en el cuerpo de un insolente.

D. JUAN. Ya es demasiado.

D. MAN. Echémosle de aqui.

PED. Hacerme salir... Estais locos? He adquirido el derecho de permanecer en este sitio con mi grado, y ese grado, no le he comprado con una bajeza como vos los vuestros, don Manuel de Silva, ni con el deshonor de una muger, como los que llevais, conde de Torrellas. Ha sido ganado en el campo de batalla delante de las balas enemigas; con mi sangre que vale mas que la vuestra.

TODOS. Fuera... (*Le rodean, lleva la mano á la empuñadura de su espada, á tiempo que aparece el rey.*)

ESCENA VII.

Los mismos.—EL REY.—PAJES.

REY. Qué es eso, señores?

JUAN. Nada, señor; que ese hombre que es un gitano, ha penetrado aquí á favor del uniforme que viste. Nosotros creyendo hacer un servicio á V. M. nos disponíamos á espulsarle cuando...

REY. Concibo vuestra repugnancia; es natural; y sin embargo hubiérais podido antes de manifestarla, informaros si era yo el que le habia mandado venir: os parece raro el que un hombre como él, vista ese traje de caballero; pero son aun mas raros los servicios que me ha prestado durante la última guerra.

TOR. Señor, ignoramos...

REY. No me admiro. Ninguno de vosotros me acompañaba entonces... Estábamos delante de Coimbra, cuando una mañana nos aproximamos á las murallas, al parecer desiertas, para hacer un reconocimiento; de repente una bomba se presenta en el aire y cae á mis piés, con la espoleta encendida y un grito de *sálvese quien pueda* se hizo oir: cuatro caballeros pertenecientes á las mas nobles familias se hallaban á mi lado; tres emprendieron fuga y el otro llevó la decision hasta el estremo de coger la brida de mi caballo para sacarlo al galope; pero el animal espantado me arrojó á corta distancia de la bomba próxima á estallar... entonces ví

lanzarse á un hombre sobre ella, cojerla con la mano izquierda y no pudiendo apagarla con la derecha por tenerla herida, cortar la mecha inflamada con los dientes, y arrojarla á mis piés inofensiva... Ya veis, señores, que si no es costumbre que un gitano asista á un baile real, es menos comun todavia hallar quien se porte como él.

MAN. Indudablemente...

REY. Quedais disculpados; pero bajo la condicion de que habeis de admitir entre vosotros al capitan Pedro... Sino puede nombrar sus antepasados, le citarán con orgullo sus descencientes; tengo por muy buena vuestra nobleza y sin embargo, conde de Torrellas, el fundador de vuestra casa fué un miserable alfarero; y el de la vuestra don Manuel de Silva un pajecillo, que se enlazó con su ama. Tenedlo presente y no ofendais á quien yo protejo.

PED. Señor, os doy gracias...

REY. Haced por justificar el interés que me tomo por vos; es todo lo que deseo... Conde de Lara tengo que hablaros.... despejad.

ESCENA VIII.

PEDRO.—ALFONSO, *que ha entrado entre los demás.*

ALF. Una palabra...

PED. ¡Algun insulto!

ALF. No.

PED. ¿Esa voz?

ALF. Silencio.

PED. Mi Padre...

ALF. Dentro de dos minutos estará ardiendo el palacio, sálvate.

PED. ¿Qué decis?

ALF. Sálvate.

PED. Aquí está doña Isabel, piedad para ella...

ALF. Venganza para Camarillas.

PED. Deteneos.

ALF. Sálvate.

ESCENA IX.

EL REY.—EL CONDE.

REY. Acercaos. Conde, estoy contento de vuestra fiesta.

COND. Celebro haber complacido á V. M.

REY. Me parece digna de las señoras que la embellecen, de vuestra sobrina Isabel.

COND. Tanta amabilidad...

REY. No es verdad que es la dama mas hermosa de mi reino?

COND. V. M. se habrá dignado ya pasar la vista sobre la memoria que le presenté hace un año, y de la cual aun no me ha dicho nada.

REY. Sí, es verdad, me ha parecido que tiene muy buenas cosas, pero está en oposicion con las ideas de mi primer ministro; por ahora es imposible realizarla, por mas que apruebe vuestros proyectos.

COND. Pues si los aprobais.....

REY. Tengo que guardarle consideraciones; no es posible cambiar en un instante la marcha que sigo desde que subí al trono y..... lo siento, me veo en el conflicto de elegir entre vosotros dos. Todo se sabe en la córte, me presentará su dimision si no vuestro destierro.

COND. Cómo?...

REY. (*Ap.*) Se turba, es mas ambicioso de lo que yo creia.

COND. Pagareis así mi adhesion?

REY. No nos ocupemos ahora de política. Id á buscar á vuestra sobrina; sabeis que baila primorosamente.....

COND. Si, señor.....

REY. Y estraño mucho no verla por aquí: (Decididamente estoy enamorado de ella).

COND. Desgraciadamente no podrá ir á la córte.

REY. Aun no he resuelto nada.

COND. Y lo peor es que perdereis en mí si no un gran

político al menos un fiel servidor, que lo sacrificaría todo por V. M.

REY. Todo?

COND. Sí, señor.

REY. (*Ap.*) Es mia. (*Alto.*) Repasaré vuestra memoria, quizá se encierra en ella la felicidad de España. Qué edad tiene Isabel?

COND. Veinte años.

REY. Dentro de pocos momentos sabreis si os permito ir á la córte; no me gusta hacer esperar, ni las buenas, ni las malas noticias. (*Se oyen varias voces y tumulto de fuego.*)

ESCENA X.

REY.—CONDE.—DON MANUEL.—*Acompañamiento del Rey.*—CABALLEROS.—CRIADOS. (*Entrando precipitadamente.*)

D. MAN. Señor... señor, salid; el fuego está en la galería del Este.

COND. Cielos! dónde está la habitacion de mi sobrina.

REY. Es verdad! Allí se encontrará doña Isabel?

COND. Creo que sí.

REY. Id Conde, id por ese lado, yo iré por este, así la salvaremos.

D. MAN. Pero, señor, pensad... el peligro.

REY. Cualquiera que sea, nada me importa. (*El conde y el rey se retiran cada uno por su lado.*)

ESCENA XI.

CONDE.—DON MANUEL.—(*Tumulto. El reflejo de las llamas, se proyecta en la escena, por la que se vé atravesar varios convidados precipitadamente.*)

COND. (*Saliendo.*) Isabel, Isabel, no la veo! no la he encontrado!... ¿dónde podrá estar? (*Dá algunos pasos, se oye al mismo tiempo el ruido de un desplomamiento, y el polvo llena la escena, todos dan un grito de*

horror. El conde se dirige á don Manuel que sale.)
¿Qué eso, que hay?

D. MAN. Si supierais.... ese gitano.....

COND. Qué?

D. MAN. Se ha lanzado solo con un hacha en la mano en medio de las llamas y á favor de una escalera, ha cortado la viga inflamada que iba á comunicar el incendio; pero en el mismo acto el techo ha caido y el desgraciado ha perecido entre los escombros.

COND. Y doña Isabel?

D. MAN. Se ha salvado. Acaban de conducirla desmayada á la cámara del rey. (*Don Manuel y los demas salen precipitadamente.*)

ESCENA XII.

CONDE.

COND. A la cámara del rey... Dios mio. Ah! se me ocurre una idea espantosa, á favor de la turbacion del incendio el rey habrá osado... Sí, ha concebido por ella, segun he podido inferir, una pasion violenta; pero no lo sufriré, aun cuando tuviese que derribar las puertas de palacio; aun cuando tuviese que luchar con el mismo rey.

ESCENA XIII.

CONDE.—TORRELLAS.

TOR. (*Deteniéndole.*) El rey que acaba de retirarse á su cámara, despues de apagado el incendio, me encarga os entregue esta carta.

COND. A mí? (*La abre apresuradamente.*) «Conde, os nombro primer ministro, haceos cargo inmediatamente del despacho: para mi mejor servicio os instalareis en palacio apenas vuelva á Madrid.» Soy primer ministro. (*Representando.*) El primero del reino despues del rey... antes que el rey: pero, y

mi sobrina? Yo necesito salvarla, y salvarla de su poder... Ah! un vértigo se apodera de mí... no veo. (*Al ir á salir aparece en el fondo Pedro, con los vestidos desgarrados y un hacha en la mano.*)

ESCENA XIV.

PEDRO.

PED. Mañana hace un año que el conde de Lara me prometió la mano de su sobrina, si adquiria un grado y un título, soy ciudadano y capitan, y acabo de salvar á doña Isabel. Mañana me presentaré en vuestro palacio, conde de Lara.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Bosque.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO.—UN GITANO.

ALF. (*Saliendo del fondo.*) ¿Estás seguro de que nadie nos ha descubierto?

GIT. Segurísimo. La oscuridad de la noche nos ha favorecido, es imposible que nadie se figure que nos hallamos aquí.

ALF. Bueno.

GIT. Pero qué idea teneis en conducirnos á este sitio.

ALF. Ya lo sabrás; ahora ocultémonos.

ESCENA II.

ISABEL.—*Luego* EL REY.

ISAB. Oh! sí, le desengañaré, me arrojaré á sus plantas si es preciso, para que no me moleste mas con sus criminales pretensiones: si no encuentro otro medio, en el retiro de un claustro buscaré una salvaguardia para mi honor. Aquí se acerca.

REY. (*Ap.*) Por fin vino. Veamos si se muestra tan invencible como siempre. (*Alto.*) Isabel?

ISAB. Señor.

REY. No sabeis como ansiaba este momento; tenia necesidad de veros, de hablaros, de pintaros lo inmenso de mi cariño. No me interrumpais, sé lo que vais á decirme, lo que tantas veces habeis repetido ya. Que no es libre vuestro corazon, que amais á otro hombre; nada me importa, os lo perdono, y pongo á vuestros pies títulos, riquezas, honores, cuanto podais ambicionar, solo con que le olvideis desde este dia.

ISAB. Me es imposible.

REY. Entonces me direis su nombre, y toda esta clemencia se tornará venganza. Yo haré cegar los ojos del atrevido que ha osado ponerlos donde los pone su rey.

ISAB. No prosigais, señor, piedad para él y un convento para mí.

REY. No, necesito conocerle. Ya don Juan me ha indicado... pronto sabré quien es.

ISAB. Para vengaros, no es verdad? Pero no sereis capaz, sé por esperiencia que vuestra pasion no os hará dejar de ser caballero; recuerdo perfectamente la generosidad con que os portásteis la noche...

REY. Sí, cuando os tenia sola en mi cámara, mil veces, mas hermosa con la angustia y el miedo; y sin embargo solo me atreví á deciros, «Isabel, os amo con delirio, pero soy noble antes que amante. Estais libre, no quiero favores arrancados por la violencia.»

ISAB. Bien lo recuerdo.

REY. Recordareis tambien que habia un hombre encubierto, con el puñal, levantado, escuchando nuestra conversacion, y que por vos no le arranqué el embozo é hice polvo el brazo sacrílego que amenazaba á su rey. Aquel hombre acaso será vuestro amante.

ISAB. Os juro que no le conocí.

REY. En buen hora: pero no hablemos de eso, qué me respondeis? No podré abrigar ninguna esperanza?

ISAB. Ninguna, señor, ninguna; si he acudido á esta cita ha sido para suplicaros en nombre de vuestra tran-

quilidad, de vuestra gloria, que no insistais en vuestros proyectos, que no me arranqueis la felicidad, que no me volvais á ver nunca.

REY. No puedo.

ISAB. El que ha sabido vencer y subyugar naciones enteras, no ha de poder vencerse á sí mismo? El que hace la ventura de cuantos le rodean, me ha de hacer á mi sola desgraciada?

REY. Y yo?

REY. Teneis, señor, para consolaros, ademas de vuestra conciencia, los laureles que el porvenir os prepara. No rechaceis los impulsos de vuestro corazon.

REY. Teneis razon... pero... vuestro tio, retiraos.

ESCENA III.

REY.—CONDE.

COND. V. M. aquí?

REY. Queria respirar el aire libre, la atmósfera de vuestro palacio me ahoga; dejadme, conde, quiero estar solo, no os he dicho que quiero estar solo.

COND. El embajador de Portugal está esperando y desea presentar sus homenages á V. M.

REY. El embajador! querrá hablarme acerca de un matrimonio. Importuno! quedaos aquí, no os necesito.

COND. Pero...

REY. Esperadme aquí.

ESCENA IV.

CONDE.—*Luego* UN CRIADO.

COND. Qué he hecho yo para que me trate así? Ah! será algun arranque de mal humor que se disipará fácilmente. (*Llamando.*) Ferrando!

FER. Que mandais.

COND. Dad este pliego á don Juan de Mendoza para que inmediatamente lo lleve al duque de Aranda, jefe del ejército de observacion.

FER. Nada mas?

COND. Es una órden para esterminar á la raza gitana. Quiero vengar la muerte de mi padre, asesinado por ellos. Que verbalmente le diga dé al instante las órdenes para que en un mismo dia queden espulsados todos.

ESCENA V.

CONDE. — PEDRO.

PED. (*Que ha escuchado la órden del conde.*) Aquí me teneis!

COND. No os entiendo.

PED. Que no me entendeis? Interrogad vuestros recuerdos No hay una promesa entre los dos?.. en presencia de la muerte, ¿no me digisteis: «la mano de mi sobrina es tuya si adquieres un título y un grado?» Soy capitan, señor Conde.

COND. Ya lo sé.

PED. Y qué decis de vuestra promesa?

COND. Que fué arrancada por la violencia, y que no estoy obligado á cumplirla.

PED. Entonces, os quitaré la vida que me debeis.

COND. Pedro!

PED. Os estais burlando sin duda. Es imposible que seais capaz de un proceder tan villano. No sabeis lo que he sufrido de amargura y de tormentos, para llegar á ser lo que soy, no sabeis lo que amo á Isabel. (*El rey aparece en el fondo.*) Lo que he pasado por ella: que he tolerado la vergüenza, la maldicion de mis hermanos y hasta la esclavitud, para ceñir esta espada que en tanto precio teneis y vale mil veces menos que el puñal que manejaba en los bosques. No os sonriais, señor Conde, aquel sirve para defender nuestra libertad y nuestras vidas, esta para instrumento vuestro... Pero dejemos esto, ¿consentís ó me habeis engañado?

COND. Y quién os dice que mi sobrina quiera...

PED. La hablé en el baile y estoy seguro de que me acepta por esposo.

COND. Estais delirando! Mi sobrina... no puede casarse sin el consentimiento del rey.

PED. El rey lo dará.

COND. Nó.

ESCENA VI.

Dichos.—EL REY.

REY. Sí.

COND. Señor!

REY. (*Al Conde.*) Acabo de saber que ella le ama. Quiera el cielo sean tan felices como yo deseo.

COND. Cómo podré pagaros la felicidad que me dais?

REY. Cumplo con mi deber; Conde, yo tambien me caso con la princesa de Portugal.

COND. Vos señor (*Ap.*) todo lo entiendo ahora.

REY. Esta misma noche arreglaremos vuestra boda.

PED. No tengo palabras para responder, para manifestar mi agradecimiento á V. M.: en todas partes, en las circunstancias mas críticas de mi vida os veo aparecer, para colmarme de beneficios, en el campo de batalla para recompensarme de mi herida; en el baile para vengar mi afrenta; aquí para hacerme dichoso; no tengo mas que una vida y mi espada, pero mientras una y otra existan serán vuestras. (*Sale.*)

ESCENA VII.

REY.—CONDE.

REY. Es un esfuerzo superior al poder humano... pero ya está dado el primer paso, y no retrocederé. Vamos, Conde, os voy á enseñar el retrato de mi futura esposa: es hermosísima, casi tan hermosa como vuestra sobrina.

COND. La conocí en Coimbra: pero que tiene V. M?...

REY. Nada... no sabes lo que estoy sufriendo,... la envidia que me inspira ese gitano... No me digas ni una palabra, se lo he prometido, y á pesar de mi mismo esta noche se casará con ella.

ESCENA VIII.

DON JUAN.—PEDRO.

JUAN. Aquí podremos hablar sin testigos. Tengo que decirte una palabra.

PED. Pronto.

JUAN. Soy el primo de Isabel, su prometido esposo.

PED. Y qué?

JUAN. Sé que el rey te ha concedido su mano, y quiero arrancarte la vida.

PED. Pues en guardia don Juan, en guardia.

JUAN. Buscaré testigos.

PED. Es inútil. No tengo paciencia para aguardarlos; quiero pagaros el insulto que me hicisteis en el baile.

JUAN. Bueno, aun cuando pierda en la lucha, te tienen mis celos reservada una venganza que derramará el veneno en toda tu existencia, una herida que no te se cerrará jamás. Empieza. (*Riñen.*)

PED. La ira os hace temblar... ved que me dirijo al corazon.

JUAN. Sigue y no hables.

PED. Vais perdiendo terreno.

JUAN. (*Cayendo en el fondo entre las peñas.*) Ay!

PED. Que el cielo os perdone.

JUAN. Espera: tengo que decirte todavía... el haber triunfado de mi, no te basta para tu felicidad.

PED. Isabel será mia.

JUAN. (*Incorporándose.*) Sí... pero antes ha sido de otro... no se entrega á un gitano la hija de un conde, sino cuando no puede casarse con nadie. Ve al altar, estrecharás en tus brazos á una muger deshonrada. (*Cae.*)

PED. Miserable! mientes... pero habla; responde, prueba tu injuria. (*Le levanta y le deja caer.*) Muerto... muer-

to. Dios mio! será verdad lo que me ha dicho? Si... si, es indudable, me han ensalzado, me han dado un nombre para que cubra con él la infamia, los vicios de algun poderoso cortesano y acaso del rey... Oh! yo lo descubriré todo y arrancaré un corazon que ha despedazado el mio. Estoy loco!.. me ahoga el aire que respiro; pero necesito valor, leer en la cara de esos imbéciles cortesanos mi deshonor y su triunfo. (*Se oye un silbido y aparecen varios gitanos.*)

ESCENA IX.

ALFONSO.—GIL.—SANTIAGO.—GITANOS.

ALF. Hijos mios, os he reunido aquí para deciros nuestra situacion, para que sepais el inminente peligro que corre nuestra tribu, para que hagamos el último esfuerzo por salvarla.

SANT. Un momento. Hace un año que Pedro nos dejó, es el plazo que nuestras leyes conceden para volver á la tribu, pido que sus insignias de gitano sean quemadas y el nombre de Pedro maldito de todos.

ALF. Lo que pides es justo y será ejecutado, mas primero tengo que haceros revelaciones importantes: hace treinta años el padre de esta tribu puso este puñal en mis manos como signo de mando, y me dijo delante de nuestros hermanos reunidos. «La condicion de nuestra existencia es una vida errante y vagabunda de peligros y fatigas; la debilidad de mi cuerpo y de mi inteligencia no me permiten ya ser útil á la tribu, confio á tí la existencia de tus hermanos, pero júrame, que cuando como yo sientas tus fuerzas agotarse, los reunirás y confesarás sin vergüenza tu debilidad, entregándo el puñal y pidiendo un sucesor en el mando.» El momento de cumplir mi juramento ha llegado, he perdido mi fuerza, mi energía. (*Tira el puñal.*) Ahí le teneis. Quién se encuentra con valor para salvar á la tribu? Quién de vosotros lo levantará...

ESCENA X.

Dichos.—PEDRO.

PED. (*Llegando precipitadamente y recogiendo el puñal.*) Yo

TODOS. Pedro!

ALF. Pedro, hijo mio, al fin has vuelto.

SANT. Olvidais que Pedro ya no es nuestro hermano, sus insignias de gitano deben ser entregadas á las llamas.

PED. No ha cumplido el plazo todavia; el dia de hoy me pertenece hasta el último minuto. (*Se oye tocar la oracion.*) Cuando me separé de vosotros tocaba la oracion, ahora empieza; el sonido de esa campana anuncia la muerte de Pedro en las ciudades para renacer aquí.

ALF. Renuncias á la sociedad?

PED. En la sociedad, no hay mas que orgullo y miseria, mentira y bajeza; esa civilizacion que antes admiraba, no es mas que el arte refinado de la perfidia, no ha perfeccionado mas que los vicios.

ALF. Mis predicciones se han cumplido: pero tu odio á la sociedad no nos basta, necesitamos otras garantías; sabemos que vas á unirte á una muger de las ciudades.

PED. Sí, voy á unirme á esa muger para realizar en ella y en todos cuantos la rodean, una venganza espantosa. Voy á daros las garantías que me pedis. (*Se dirige al sitio donde cayó don Juan,*) á entregaros la órden de vuestro esterminio, firmada hoy por el rey.

ALF. Qué haces?

PED. Sacarla de los bolsillos del traje de un orgulloso caballero muerto por mi. Yo os dejé, al separarme de vosotros libres y tranquilos, pero ahora si quereis conservar vuestra libertad, tendreis que pelear sin tregua; el que hoy os manda tendrá que ser el primero en los peligros y en la muerte; por eso hermanos recojo este puñal. Mañana á media noche id al castillo de Lara, que ya me pertenecerá, taladle, destruidle, allí me encontrareis, allí, al lado del cadáver de esa muger que adoro y que será asesinada por mi.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Gabinete de Isabel, dos puertas á la derecha, una que guia á la habitacion del Conde, otra á la izquierda que conduce al campo, y otra secreta; balcon en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.—CONDE.

COND. No os previno su tardanza vuestro esposo?

ISAB. No; pero podeis retiraros cuando gusteis, necesito estar sola.

COND. Como querais; pero reflexionando que se os presenta un porvenir sembrado de flores, si aceptais el cargo que S. M. os destina.

ISAB. Ya me lo habeis dicho otra vez, y os he contestado que no conseguireis nunca verme convertida en favorita del rey.

COND. Os vais á perder, temed su ira.

ISAB. Mi conciencia está tranquila.

COND. Imaginais poder luchar con tan poderoso enemigo y que yo consienta ver disipados los ensueños de mi ambicion próximos á realizarse?... no lo creais. Os haré comprender lo que os está mejor, mucho mas cuando no sabemos las intenciones del rey que serán leales sin duda; no existe motivo para interpretarlas de otro modo.

ISAB. En ese caso se las agradezco: pero tampoco admito sus favores.

COND. Pensadlo bien.

ISAB. Lo tengo ya pensado.

COND. No me pongais en el caso de tornarme vuestro enemigo.

ISAB. Mi esposo me protejerá, contra vuestras viles asechanzas.

COND. Vuestro esposo! Será para mi cólera débil arista arrastrada por el viento. Os perdereis juntos.

ISAB. Bueno, ya os he dicho que necesito estar sola.

COND. En hora buena. Me retiro á mi habitacion, seguro de que despues de pasados estos primeros momentos, la reflexion ocupará vuestro ánimo y comprenderéis lo que os está mejor, ó si no os lo haré yo comprender.

ESCENA II.

ISABEL.

Oh! nunca pensé que pudiera cometer semejante vileza. No contento con haber tolerado la afrenta que el rey quiso imprimir en su frente la noche del incendio, trata ahora de hacerme su querida, de deshonrar á mi esposo; no lo conseguirá jamás: pero porqué tardará tanto Pedro?.. No sé porque esta noche me parece mas que la de mi boda en que todo debiera brindarme felicidad, noche sombría en que las horas cruzan lentamente y pesan dolorosamente sobre mi corazon. Leeré esta carta, ó la entregaré á las llamas sin leerla?.. Quiero saber hasta donde llegará la infamia de mi tio. (*Oculta la carta.*) Ah! Pedro?

ESCENA III.

ISABEL.—PEDRO.

PED. (*Ap.*) Oculta un papel! (*Alto.*) Te sorprende mi venida?

ISAB. No en verdad, te esperaba con impaciencia.

PED. No hay cosa mas natural. Yo tambien deseaba con afan este momento; me ha costado tanto llegar á él.

No es verdad Isabel, Isabel mia, porque ya eres mia, que hay momentos en que mataría la felicidad, si Dios no hubiera puesto siempre al lado de ella un contrapeso, sino estuvieran tan cerca el llanto del placer, la muerte de la vida?.. porque? quien nos dice que nuestros suspiros amorosos no puedan tornarse en estertor de la agonía, y esta alcoba nupcial en nuestra tumba.

ISAB. Qué lenguaje!

PED. Poco á propósito en esta ocasion, pero muy verdadero sin embargo. Isabel, no tienes ninguna revelacion que hacerme; ninguna cosa que decirme?

ISAB. Yo!

PED. Recuerdas cuando por primera vez te pinté mi pasion, y me hiciste concebir esperanzas? recuerdas que anoche despues que el rey me concedió tu mano, te pregunté conmovido si me amabas? Qué te dije:» si no es verdadero tu cariño, no te unas á mi? y que me respondiste que me adorabas? No me interrumpas, lo creo, porque engañarme sería una maldad horrible.

ISAB. Sí, horrible!

PED. Pues bien, sin embargo, hace algunas horas que ese pensamiento resbala en mi imaginacion, y que acaricio una idea espantosa. Quieres mirarme cara á cara, Isabel.

ISAB. Ya te miro.

PED. No te dice nada el corazon?

ISAB. Nada, no te entiendo.

PED. Dicen que existen presentimientos que nos previenen las grandes desgracias ó felicidades de la vida. No tienes ninguno?

ISAB. No.

PED. En hora buena. Quieres darme ese papel que has ocultado cuando llegué aquí?

ISAB. Pedro! Pedro! Por piedad.

PED. Dámelo.

ISAB. Te juro que soy inocente. Toma.

PED. No, no lo quiero, léelo; tú misma vas á pronunciar tu sentencia de muerte.

ISAB. (*Empezando á leer.*) Amada Isabel: desde la noche del incendio, en que estubisteis en mi cámara...

PED. Sigue, sigue.

ISAB. (*Continuando.*) No he vuelto á veros en ocasion en que poder bosquejaros el ardiente amor que me abrasa. Necesito veros, vuestra presencia, me es tan necesaria. Aceptad el cargo de camarera de mi esposa, que en mi nombre, os ofrecerá vuestro tio.

PED. (*Arrancándole el papel.*) Y la firma del rey!.. Pide á Dios que te perdone.

ISAB. Oh! vas á matarme?

PED. Sí.

ISAB. Me juzgas culpable, óyeme... La noche del incendio fuí conducida desmayada á la habitacion del rey, pero no pudo lograr sus criminales deseos; un hombre, que no se quién sea, apareció como un ángel y me salvó de la deshonra y la muerte.

PED. Quién es ese hombre?

ISAB. Lo ignoro.

PED. Intentas engañarme de nuevo? (*Rumor dentro.*) Aunque quisiera perdonarte, ese rumor lejano me hace recordar mi deber. Isabel de Lara encomienda tu alma á Dios.

ISAB. (*Gritando.*) Socorro! socorro!

PED. Llama al conde de Lara, tambien para él ha sonado la última hora, no te queda ninguna esperanza.

ISAB. Bien. No huyo... aquí me tienes... descarga el golpe: pero no olvides que soy inocente.

PED. Te creeré, porque necesito creerte: pero dame una prueba, una prueba no mas. Que se presente ese hombre, que dices te libró de la infamia; que yo le vea.

ESCENA IV.

Dichos.—ALFONSO.—(*Entrando por el balcon.*)

ALF. Aquí está.

ISAB. Oh!

PED. Vos, padre mio?

ALF. Yo.

PED. Es decir que es inocente..... Que puedo estar orgulloso de su amor..... Que puedo ser feliz todavía..... Isabel, Isabel, ven á mis brazos.

ALF. Ten presente tu juramento. Tus hermanos están ya aquí, y aguardan solo el momento de realizar su venganza... Oyelos, ya se acercan, piden la sangre del conde de Lara.

PED. Ya están aquí! Corro en su ayuda, yo les prometí arrojar á sus pies el cadáver de Isabel!... Padre mio salvádmela.

ESCENA V.

ALFONSO.—ISABEL.

ISAB. A dónde vá?

ALF. A seguir la suerte de sus hermanos; á cambiar su espada de esclavo por el cetro de rey de los bosques; ó vengarse de esa sociedad que le ha escarnecido y que despreció su poder.

GITANOS. (*Por la puerta secreta, voces.*) Muera el conde de Lara. Abre, Pedro, abre.

ALF. Está cerrado, echad la puerta abajo. (*Cogiendo un tizon de la chimenea y asomándose al balcon.*) Hijos mios, la hora de la espiacion ha llegado, tomad esa tea. (*Arrojándola.*) Prended fuego á los bosques, al castillo de vuestro verdugo. Venganza para Camarillas.

VOCES. (*Fuera.*) Venganza.

ISAB. Ved que cede la puerta á los golpes de vuestros amigos, ya están aquí.

ESCENA VI.

ISABEL.—ALFONSO.—GIL.—SANTIAGO.—LEON.—*Despues* PEDRO.

SANT. Veis, nos habia engañado?... Esa mujer es la primer víctima que nos ofreció!

TODOS. Que muera.

ISAB. (*Arrojándose en los brazos de Pedro.*) Pedro!

PED. (*Saliendo precipitadamente, en la mayor agitacion con el puñal en la mano.*) Atrás! Yo os ofrecí este cadáver. (*Levantando la cortina.*) Ahí teneis el del conde de Lara.

ISAB. ¡Ah! (*cae desmayada, Pedro la detiene.*)

ALF. La venganza de los gitanos se ha cumplido.

PED. Ahora que está realizado mi juramento, no penseis ofender á esta muger. Abrid paso; no es ya Isabel de Lara, es vuestra hermana, la compañera del que recogió el puñal de vuestro padre.

ALF. Viva nuestro salvador.

TODOS. Viva.

FIN DEL DRAMA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antes
Antes que te cases...
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Abelardo y Eloisa.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Castor y Polux.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.

Delirium tremens
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
De audaces es la fortuna.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera:
Dos artistas.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la
El Licenciado Vid
¡En crisis!!!
El Justicia de Arago
El Caballero del milagro
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El Rey del mundo.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.

Grazalema.
Gasdar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.!
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honra por honra.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Dicnte.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La choza del almadreño.
Los Amantes de Teruel.
La Verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La Boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La vida de Juan Soldado.
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la caridad.
La cruz en la sepultura.

La ninfa iris.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Los dedos huéspedes.
Los tres amores.

Mi mamá
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Martin Zurbano.
Mocedades!

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre timido.
Nobleza contra Nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia.

Pescar a rio revuelto.
Piensa mal y errarás.

Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.
Por una hija...
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.

Rival y amigo.

Su Imagen.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Secretos del destino.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Un Amor á la moda.
Un dia de prueba.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas
Una idea feliz.
Un Huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un anuncio en el Diario.
Una ráfaga.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo,
Una mujer de historia.
Uno de tantos.
Una leccion de mundo.
Un hijo natural.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Alumbra á este caballero.
A última hora.
Angélica y Medoro.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Escenas en Chamberi.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lirico).

El dominó azul.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El mundo á escape.
El relámpago.

Guerra á muerte.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La Jardinera.
La huérfana.

La espada de Bernardo.
La caceria real.
La hija de la Providencia.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La Roca negra.

Mateo y Matea.
Marina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres para una.
Tres madres para una hija.

Un dia de reinado.
Un viaje al vapor.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.